

santa isabel

marzo

1967

la guinea española



año LXV

n.º 1611

ALMACENES DUMBO

de
JOSE NAUFFAL
SANTA ISABEL
FERNANDO POO

Le ofrece un completo surtido de artículos
de Regalo para Señoras, Caballeros y niños.
Especialidad en objetos de Oro y Plata



Gran surtido en Sedería y Algodones,
Mantones de Manila, Quimonos,
Cubrecamas y Mantelerías bordadas
Últimas novedades en Bolsos para Señoras.
Todos los artículos que Ud. requiera los
encontrará en

ALMACENES "DUMBO"



Economizará Ud. mucho visitando esta Casa
antes de realizar sus compras.

Calle Sacramento. N^{os} 2 y 4

SANTA ISABEL Y BATA

TRANSPORTES REUNIDOS, S. A.

TALLER DE REPARACION
TALLER DE RECAUCHUTADO
TALLER DE CARROCERIA

Explotación Lineas

SANTA ISABEL—SAN CARLOS
BATETE—MOKA—BASUALA
CONCEPCION

Factorías de

Repuestos — Accesorios — Cubiertas — Cámaras
RADIADORES — BATERIAS CARGADAS

HERRAMIENTAS - FARO

AUTOMOVILES — CAMIONES



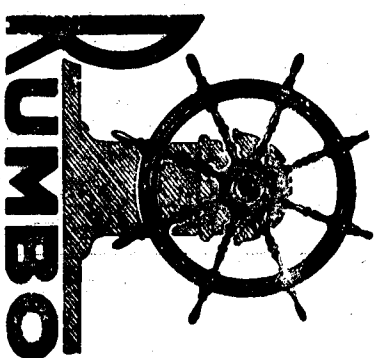
Transportes Reunidos

AVDA. GENERAL MOLA N.º 50
SANTA ISABEL FDO. POO.

de Fernando Poo, S. A.

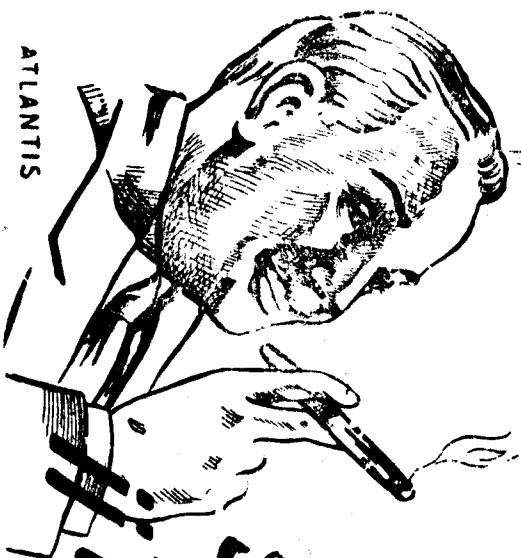
visitenos y encontrará las mejores calidades a los mejores precios

Los tabacos



Son..

¡¡ Magníficos !!



ATLANTIS

la guinea española

REVISTA MENSUAL PUBLICADA
POR LOS MISIONEROS HIJOS DEL
IDO. CORAZON DE MARIA

FUNDADA EN 1903

Núm. 1611

Santa Isabel, Marzo de 1967

Depósito Legal—F. P.. 10—1959.

Sumario

Pág.

Bautismo del Pico de Santa Isabel en nombre de España, <i>por J. Muñoz y Gaviria...</i>	22
El verde silencio, <i>por Enrique Soria Medina.....</i>	32
Sonetos del caminar, <i>por Enrique Soria Medina.....</i>	58

PORTADA

Llega Marisol a Guinea Ecuatorial
para el rodaje de una película
en Río Muni

SUSCRIPCION

Al año: Ordinaria	75 pesetas
De bienhechores	100 pesetas
Número suelto	10 pesetas

Bautismo del Pico de Santa Isabel en nombre de España

(En un relato de la época)

El día 7 de abril del año 1861 se dispuso por fin la expedición de investigación y reconocimiento del Pico de Santa Isabel. El Gobernador General Gándara, iniciador del pensamiento, dio orden de que todo aquel que quisiera formar parte de la expedición se apuntara en la Secretaría del Gobierno.

Al principio todo el mundo quería formar parte de ella, todos querían ir. Pero al llegar el momento decisivo, la expedición quedó reducida a las personas siguientes.

Comandante de Artillería D. Teodosio Noelli.

Capitán de Artillería D. Manuel Cor sini.

Teniente de Navío D. Fernando Aguilar.

Dos Tenientes de Intanfería de la Compañía de Fernando Poo.

D. Pedro Rodríguez y D. José Estrada, un inglés factor general de la casa Logran, llamado M. Willson, persona sumamente simpática y que estaba en muy buenas relaciones con todos los oficiales y empleados de la colonia y en aquellos momentos desempeñaba interinamente el consulado por ausencia del capitán Burton, el Capitán de Ingenieros D. Luis Tejero y yo.

El Gobernador Gándara debía acompañarnos pero habiendo tenido noti-

cia la víspera de la próxima llegada de la escuadra inglesa y norte-americana no tuvo más remedio que quedarse para recibir a los comodores con har to sentimiento suyo y nuestro. Nos facilitó cuantos auxilios necesitábamos dándonos encerados de parque para formar nuestras tiendas y 64 negros krumanes que debían conducir los víveres y utensilios.

El Comandante Noeli y yo teníamos una preciosa tienda de campaña impermeable que servía también de cámara oscura para revelar las fotografías que debíamos sacar de los sitios y paisajes que viéramos y nos parecieran notables, por medio del colodión seco.

A pesar de lo lluvioso que amaneció el día, nuestro ánimo no decayó en lo más mínimo, y a las tres y media de la tarde, formados los krumanes en la galería alta del cuartel, y después de haberles repartido su carga, una blusa de bayeta y una manta a cada uno se puso en marcha la expedición.

Todo el pueblo de Santa Isabel salió a despedirnos hasta el Río Cónsul Era un espectáculo sumamente curioso ver la larga fila de negros krumanes con las cargas en la cabeza y un machete en la mano.

Nosotros armados con escopetas llevábamos en la mano el gran palo bubi sin el cual no se puede ca-

minar por el bosque. Mi negro Tiberio estaba encargado de la cocina y el «Getma», capitán de los krumanos, de que ninguno arrojara la carga y se ocultara en el bosque.

El Capitán Corsini y el Teniente Estrada marcharon a la cabeza. El Teniente de Navío Aguilar, el Teniente D. Pedro Rodríguez y M. Wilson en el centro, y el Comandante Noeli y yo cerrábamos la marcha. El capitán de ingenieros D. Luis Tejero no pudo salir con nosotros pero debía alcanzarnos al día siguiente.

Al llegar al Río Cónsul nos despedimos del General Gándara.

—Buen viaje, nos dijo el General; mucho sentimiento tengo de no acompañar a ustedes. Cuanto necesiten pueden pedir que yo se lo mandaré.

—Mil gracias General; diariamente mandaré a usted un parte por medio de un kruman dándole cuenta detallada de nuestra expedición. y la señal de llegar al pico será una inmensa hoguera por la noche y la bandera española que hizaremos en la cúspide en el momento que lleguemos.

¡EN MARCHA!

... dijo Corsini.

Y la expedición se puso en movimiento. Después de haber vadeado los ríos San Nicolás y Campillo llegamos a las siete y media de la tarde al pueblo de Banapá donde los misioneros jesuitas tienen establecida una de sus casas misiones y donde el Comandante Noeli había edificado una preciosa casa de campo, que a su vuelta de España vino a ser dropiedad mía.

Entre la casa misión y la del Comandante Noeli, nos distribuimos para pasar la noche. La lluvia había cesado. Se improvisó una magnífica cena. El rey de Banapá con dos mujeres vino a visitarnos. Le ofrecimos cenar con nosotros pero no quiso aceptar más que un vaso de vino de Jerez. Sus mujeres se contentaron con un vaso de aguardiente cada una.

—¿Adónde vais tanta gente?, nos preguntó el rey

—Vamos a subir al pico que se ve desde aquí.

—¿Al pico?, dijo él asombrado. Al pico no se puede subir, no hay árboles no hay hierbas no tendreis agua, tendreis frío.

—¿Has subido tú? le preguntamos.

—Yo no, dijo, pero el «cocoroco» (rey) de Pula suele cazar en la falda del pequeño pico y me ha dicho que no hay caza, ni agua y mucho frío.

—Pues nosotros verás cómo vencemos estas dificultades, le dije; y en lo más alto plantamos la bandera española y por la noche iluminamos el pico con una gran hoguera.

—Prometo, me dijo el rey, si lograis vuestra empresa encender una hoguera en contestación a la vuestra.

Me pidió tabaco, otro vaso de vino, sus mujeres bebieron otro vaso de aguardiente y se retiró a su choza

Armamos nuestros cois y hamacas y descansamos hasta el día siguiente a las cinco de la mañana que se tocó diana. Después de haber comido su rancho de arroz los krumanes, sobre

las seis y media de la mañana se puso la expedición en marcha, llegando a las siete a Basilé donde encontramos en la plaza toda la población armada y en un estado de agitación y de alarma que nos pareció de mal agüero.

Me adelanté y pregunté al rey porqué aquel aparato de guerra cuando sabía que éramos amigos. Me dijo el rey que su tribu estaba alarmada por el gran número de extranjeros en sus dominios.

—Nuestro objeto, le dije, no es de guerra, es hacer una ascensión a lo más alto de la montaña y de ninguna manera llevamos intención de causarte la más pequeña vejación.

Mis palabras y algunos tragos de rom de las cantimploras que todos llevamos colgada, le tranquilizaron, pero no por eso dejaron las armas de la mano.

MUCHOS TRABAJOS VAIS A PASAR

pues el camino es muy penoso y ya no encontraréis más pueblos y os faltaran cosas de comer.

—No paiseis cuidados por nosotros, le contosté; llevamos víveres y todo lo necesario para ocho días.

—Pero no llevais agua, nos dijo el rey, y hace mucho calor.

Esta insistencia sobre el agua de los reyes de Banapá y Basilé hizo que acordáramos no formar nuestros campamentos sino en sitios donde pudiéramos encontrar agua en suficiente abundancia para surtir las necesidades de la expedición.

Seguimos la marcha siguiendo siempre

en dirección al Sur, y pasando interminables bosques de caobos y cedros llegando a las diez y media a una pequeña esplanada orilla de un riachuelo de agua cristalina y fresca.

Allí dispusimos nuestro frugal almuerzo.

Precisamente en el sitio donde hicimos alto mandó construir dos meses después el General Gándara un gran barracón donde estuvieron alojados los presidiarios que el Gobierno mandó a la isla procedentes de la sublevación republicana de Loja e Hinajar, cuya mayor parte pareció a causa de las calenturas del país y fiebre amarilla antes de que les llegara el indulto.

Emprendimos después la marcha, habiéndose visto los krumanes que a la cabeza marchaban de exploradores, con el Capitán Corsini, abrir en algunos parajes camino con sus machetes. Tan compacto e impenetrable estaba el bosque.

El calor era insoportable. Creíamos ahogarnos y el camino, tortuoso y resbaladizo.

A la una, una tronada espantosa acompañada de fortísima lluvia puso el camino intransitable y nos caló hasta los huesos. Los impermeables de que íbamos provistos no nos servían de nada. Continuamente resbalábamos y caíamos. Por fin, a las cuatro de la tarde, agobiados rendidos llegábamos a una pequeña esplanada donde nos pusimos a hacer nuestro campamento.

Con gran dificultad armamos tres grandes chozas compuestas de palos y encerados de parque. En una se

colocaron las provisiones y equipajes; en la otra, las camas de los expedicionarios, al lado plantamos Noeli y yo nuestra tienda. Los krumanes habían formado la suya también de encerados de parque. Nuestros trajes estaban calados y sólo pensamos en secarlos; dentro de la tienda mayor, y después de mil dificultades se pudo por fin encender lumbre. Ya íbamos a sentarnos alrededor de la hoguera, cuando noté que....

FALTABA UNO DE NUESTROS COMPAÑEROS.

—¿Dónde está Estrada? preguntó el Comandante Noeli.

—Debe estar fuera de la tienda, dijo el teniente Rodríguez,

—Pues yo no le he visto llegar aquí, añadió el capitán Corsini.

Se le buscó por todas partes, se preguntó a los krumanes, pero nadie sabía de él.

Aquel momento fue para todos nosotros momento de ansiedad y disgusto. ¿Se habría perdido? ¿Le habrá sucedido alguna desgracia? Esta era la pregunta que mutuamente nos hacíamos todos.

Por fin el Teniente Rodríguez a pesar de su cansancio salió con seis krumanes a recorrer el camino que habían andado.

La lluvia no había cesado ni un momento siquiera. Dos horas después oímos el cuerno de caza de Rodríguez que nos anunciaba su regreso; le contestamos con los nuestros pues cada uno además de nues-

tras armas íbamos provistos de un cuerno de caza y un frasco de ron o brandi.

Al poco tiempo vimos entrar en el campamento al Teniente Estrada en hombros de cuatro krumanes tendido sobre un coí.

Todos le rodeamos y después de darle a beber agua y brandi y sentarle al lado de la hoguera, le preguntamos qué le había sucedido.

«Agobiado por el cansancio y la lluvia, nos dijo, me sentí de pronto acometido por vértigo o baido, y sin fuerzas para continuar me senté, mejor dicho, me dejé caer bajo un inmenso cedro. Los baidos me acometían sin cesar, mi vista se desvanecía, quise gritar y no pude, las fuerzas me faltaron y quedé como aletargado. Cuánto ha durado mi letargo, no lo sé decir.

He vuelto en mí y me he encontrado al lado de mi amigo y compañero el Teniente Rodríguez.»

—Le he encontrado, dijo Rodríguez, completamente desmayado como a una media lengua de aquí y gracias a los ladridos del perrito que siempre le acompaña, he podido descubrirlo tendido bajo un cedro. Unas gotas de brandi y unas fricciones le han hecho volver en sí y colocado en el coí lo he traído hasta aquí.

¿Como no llamó usted en su auxilio? dijo Noeli.

—Desde el momento que me ví acometido del baido y que caí al suelo, me ví privado de la vista y de la voz; así es que me fue imposible llamar en mi socorro.

El calor de la hoguera y una buena comida le reanimó por completo y le puso en disposición de poder seguir la marcha con nosotros al día siguiente.

LA NOCHE FUE TRANQUILA

y dormimos bastante bien a pesar del cansancio. A las cinco de la mañana estaban plegadas las tiendas, y emprendimos nuestra marcha pasando por sitios deliciosos y bajando y subiendo pequeños montes, pudiendo muy bien decir que nuestra planta era la primera que hollaba aquallos bosques vírgenes.

Los krumanes que abrían la marcha tenían cuidado de ir haciendo...

SEÑALES EN LOS ARBOLES

que pudieran servirnos de guías para nuestra vuelta, y al mismo tiempo de señales para el capitán Tejero que debía reunirse con nosotros aquel día.

Llegamos por fin sobre las cuatro de la tarde a un magnífico bosque de cedros y helechos arborescentes donde plantamos nuestras tiendas. El Getma, capitán de los krumanes nos vino a avisar que el agua que se encontraba más próxima apenas ere potable.

El Comandante Noeli y Mister Willson, se brindaron a buscar en los alrededores agua potable y acompañados de ocho crumanes con barricadas salieron, regresando al poco tiempo con la agradable noticia de haber encontrado a un cuarto de legua del campamento un magnífico riachuelo de agua cristalina y pura. Mientras tanto, el Teniente Estrada, completa-

mente repuesto, Rodríguez y yo, cogimos las escopetas y fuimos a ver si cazábamos algo. Tres palomas azules y una cutiá fue el producto de nuestra cacería. Yo tiré a una ardilla de grandes dimensiones que trepaba por una palmera, pero cual no sería mi asombro al ver desprenderse la ardilla del árbol después de haberla tirado y venir revoloteando sobre mi cabeza. Era una «polaluca» ardilla voladora, especie muy común en la costa de Africa, pero que por primera vez veía. El perro de Estrada se apoderó de ella y la trajo a mis pies. Su forma es como la de la ardilla común, solo que a las patas delanteras vienen unidas unas membranas en forma de alas parecidas a las del murciélago. Su piel es más oscura que la de la ardilla de Europa y mas fina y sedosa.

Su carne es blanca y exquisita sobre todo con arroz. Los Krumanes por su parte no habían perdido su tiempo tampoco; habían matado a machetazos una gran culebra y cuatro puerco espines cuya carne les gusta con pasión. La culebra dividida en trozos y los puerco espines fueron el regalo de su rancho.

A las ocho nos acostamos.

PENSANDO PASAR UNA NOCHE PACIFICA

...pero no fue así. Haría cosa de una hora que nos habíamos acostado, cuando casi a un mismo tiempo nos vimos acometidos todos por un picor insoportable. Encendimos luces y vimos nuestra tienda invadida por un paso de hormigas rojas. Saltamos de

nuestro coís y vimos que las demás tiendas también habían sido invadidas. Los krumanes también por su parte habían tenido que salir de su choza. En los primeros momentos todo fue confusión hasta que el Getma de los krumanes encendió una gran hoguera y limpiando un pequeño espacio del suelo con los machetes nos refugiá- mos en ese sitio rodeados de una barrera de fuego y trasladamos con rapidez nuestras provisiones. El paso de las hormigas en Africa es cosa que parece fabulosa y sin embargo no lo es. Millones y millones de hormigas rojas o bravas como se as llama tienen su paso periódico de un punto a otro de la isla. Todo lo invaden, todo lo acometen todo lo destruyen. Cuatro horas son suficientes para destruir completamente una res muerta y dejar perfectamente pelado el esqueleto. Cinco horas mortales duró el paso este día, pero no pudimos dormir nada en toda la noche, pues las rezagadas con sus picotazos nos impidieron descansar.

Es uno de los tormentos mas horribles que puede uno imaginarse.

A las siete de la mañana siguiente un ¡hurra! lanzado con gran entusiasmo por los krumanes nos dió a conocer la llegada del capitán de ingenieros que con su voluntad y piernas de hierro había andado en veinte horas lo que nosotros habíamos tardado en recorrer cincuenta y ocho.

Al bosque y sitio del campamento pusimosle el nombre de «Bosque y campamento de las hormigas».

Reunidos ya emprendimos la marcha. . . .

SIEMPRE HACIA EL SUR

. . . por medio de bosque impenetrable, pasamos diferentes cañadas cubiertas de una especie de hierba parecida a la hierba buena en su olor y a la menta en su sabor.

Antes de llegar al sitio donde debíamos de formar el campamento, nos encontramos con un alemán amigo nuestro, gran botánico, llamado mister Mahan, el cual viajaba por cuenta del gobierno alemán para formar la flora africana y hacía tres meses que estaba en Santa Isabel de Fernando Poo.

Le acompañaban ocho krumanes del Consulado inglés con sus viveres y equipajes y caja de colecciones. Unido a nuestra expedición llegamos al sitio donde colocamos el campamento. Allí curé a un crumán que al cortar leña se había herido en una pierna. Escribí al General Gándara el diario de nuestra expedición y del buen estado de nuestra salud.

Diez krumanes que por efecto de la variación de la temperatura habían sido atacados de la disenteria y el krumán herido fueron los encargados de llevar la carta al Gobernador. Al amanecer del día siguiente emprendimos nuestra caminata, proponiéndonos aquel día llegar hasta la falda del pico pues habíamos llegado a setemil pies sobre el nivel del mar.

Conforme íbamos andando el aspecto del bosque era diferente. Se notaba perfectamente el cambio de zona por la vegetación. El bosque era más claro, la vegetación menos lozana. De cuando en cuando encon-

trábamos piedras basálticas. A la maleza de las primera zonas había sucedido la especie de hierbabuena de que ya he hablado y una especie de graenicial de la que había inmensos prados a derecha y a izquierda. De repente nos encontramos con el camino casi completamente cortado. Parecía que se había interpuesto entre nosotros una muralla, tan pina y alta era la cuesta que se presentaba a nuestra vista.

Decidimos lanzarnos al asalto. Nos lanzamos ayudándonos unos a otros cayendo y levantándonos mil veces, hundiéndonos en el fango hasta las rodillas. Después de tres horas llegamos a su cúspide. De allí...

LA VISTA ERA MAGNIFICA

Veíamos el pico de Santa Isabel que casi lo tocábamos; a nuestros pies el mar, la costa africana en el horizonte y el pico de Camerones.

Buscamos el sitio más a propósito para descansar y el Capitán Tejero y el Comandante Noeli, después de la comida, subieron a la falda del pico señalando el sitio donde debía colocarse el último campamento, a 9.800 pies sobre el nivel del mar. Aquella noche dormimos todos ya en el sitio destinado para el último campamento, sitio perfectamente elegido, resguardado de los vientos y al lado de un manantial de frescas y cristalinas aguas. A las cinco de la mañana siguiente, después de haber dejado atrás la región de la vegetación, llegamos al pico de Santa Isabel.

Un grito general de

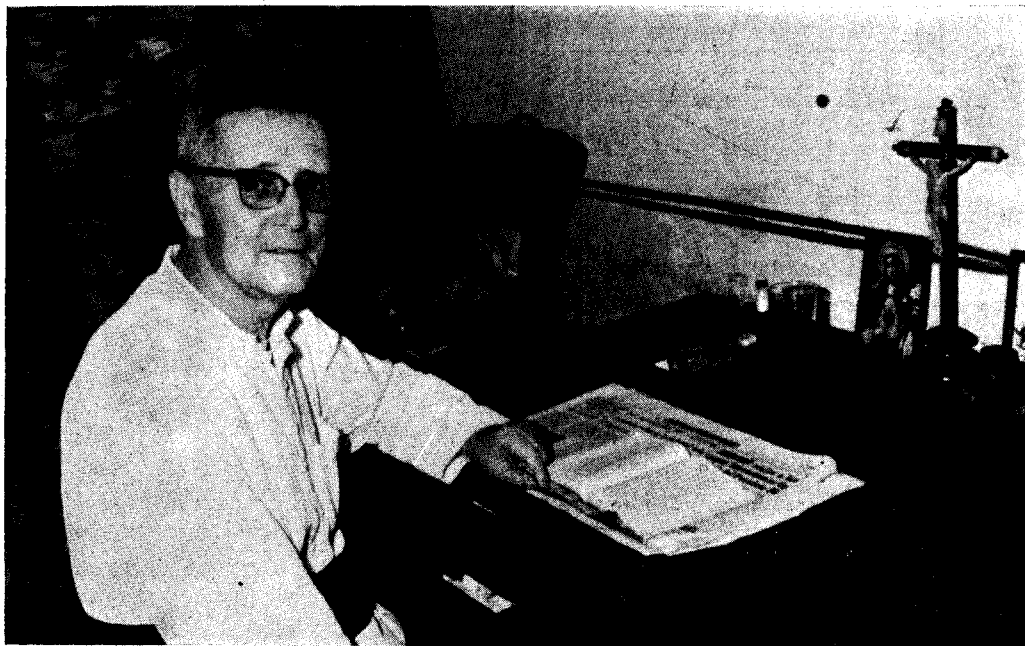
[VIVA LA REINA]

....., y ¡viva España! fué nuestra toma de posesión. En un palo izamos la bandera española y recogimos una botella que había en el suelo medio enterrada con varios papeles dentro que decían haber subido al Pico de Clarence, nombre que antes tenía el Pico, primero el Sr. Beicroff, gobernador que fue de la isla, y otro papel en que constaba haber hecho el año anterior los señores Calvo, Pellón y Loglan.

Allí almorzamos, y las vistas de que gozamos en aquellos momentos premiaron los tabajos y sufrimientos que nos había costado la ascensión.

La costa de Afirca se presentaba a nuestros ojos como un inmenso panorama; el bosque, en toda su extensión, grandeza y verdura; el pico de Camarones a nuestra derecha y a nuestros pies la bahía de Santa Isabel con su naciente población y las bahías Concepción y de San Carlos. El terreno volcánico sobre que estábamos y los grandes cráteres que nos rodeaban daban un tinte pintoresco y sublime a aquel precioso cuadro. Los vivas a España, a la Reina y a Gándara se sucedían sin cesar. Nuestros negros krumanes participaban también de nuestro entusiasmo.

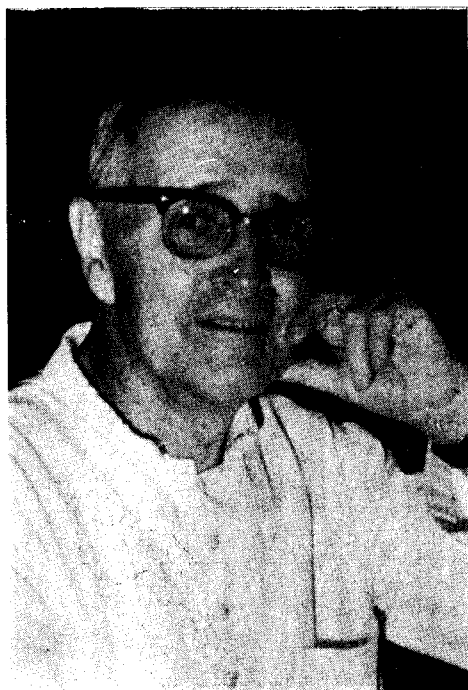
Después del almuerzo y del último brindis por la salud de los expedicionarios colocamos los papeles que habíamos hallado en la botella, y levantamos el acta de nuestra expedicion en estos términos colocándola después en la misma botella.



El misionero de Guinea durante 42 años P. José Parrilla murió en Madrid el día 15 de Marzo.

Unos días antes le hicimos estas fotos, entonces todavía soñaba curarse pronto en Barcelona, y volver a Guinea y seguir siendo misionero en el Este de Fernando Poo.

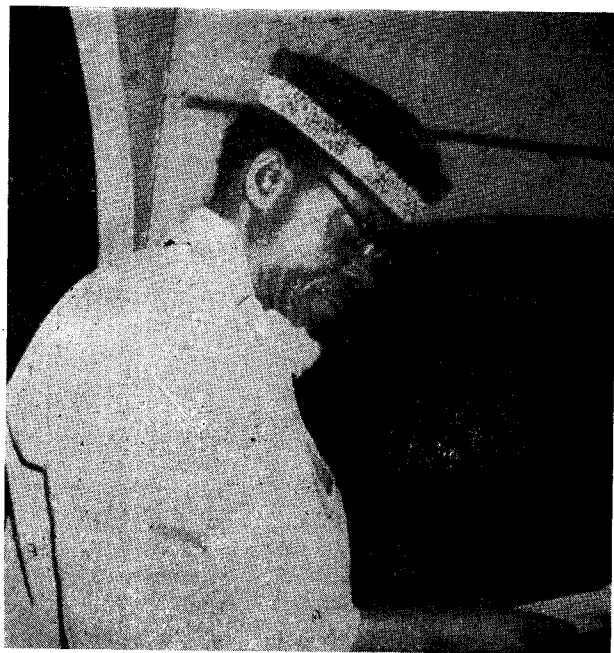
Pero Dios no detuvo el curso del cáncer.



Con motivo de su toma de posesión el Cónsul de Nigeria Teniente Coronel W. U. Wasey ofreció el día 25 de febrero en su residencia un cóctel a las primeras autoridades de Guinea Ecuatorial y de Santa Isabel.

Mr. Basey expresa su voluntad de servir a las buenas relaciones entre los dos países vecinos.

Ofrecemos varias escenas gráficas de satisfacción y cordialidad de aquella fiesta en casa de Mr. Basey.



Marisol en Santa Isabel

En este reportaje gráfico queremos ofrecer las primeras impresiones de esta bella figura del cine español al encontrarse con Guinea y su gente.

Por gracia de Marisol, nadie dejará de ver muy pronto en las pantallas cinematográficas los más bellos paisajes y las más bellas escenas de Río Muni.







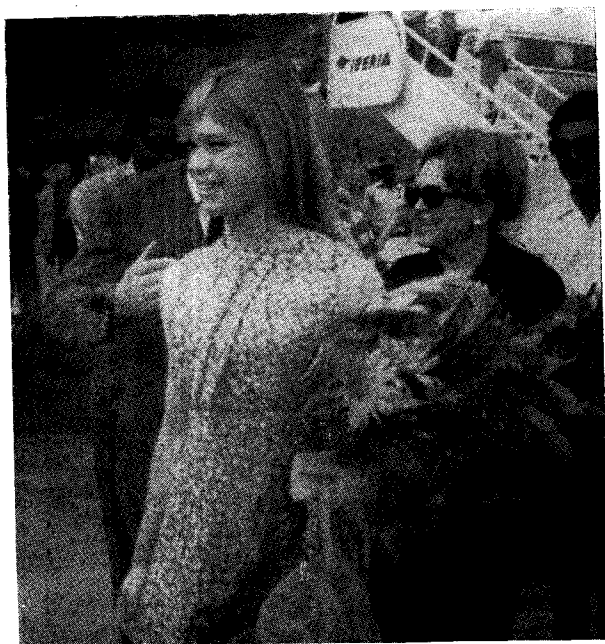
D



D



all



la



all





Cordialidad internacional en la residencia de M. Basey

EL DIA 12 DE ABRIL DE 1862

.... subieron a este pico, llamado antes de Clarence, y tomaron posesión de él en nombre de S. M. la reina de España Doña ISABEL II, dándole el nombre en su memoria de PICO DE SANTA ISABEL, los señores D. Teodosio Noeli, comandante del real cuerpo de artillería; D. Manuel Corsini, capitán del real cuerpo de artillería; D. Luis Tejero, capitán del real cuerpo de ingenieros D. Fernando Aguilar, teniente de navío, segundo comandante de la goleta «Caridad»; D. José Estrada, segundo capitán accidental, teniente de la campaña de Fernando Poo; D. Pedro Rodríguez teniente de la campaña de Fernando Poo; Mister Francisco Willson, del comercio de Santa Isabel de Fernando Poo; Mister J. Mahan, de la Sociedad Botánica Geográfica de Alemania; y D. José Muñoz Gaviria, Vizconde de San Javier, Administrador General de las posesiones españolas del Golfo de Guinea.»

Esta acta y varias monedas fueron encerradas en la misma botella, especie de archivo provisional a diez mil pies sobre el nivel del mar, que sirve para guardar los nombres de los expedicionarios a aquellas desconocidas alturas.

Con el nombre de...

PICO DE SANTA ISABEL...

se conoce el que hasta entonces se llamaba...

PICO DE CLARENCE.

Prosteriormente, y obedeciendo más a la adulación que a otro fin, hubo un gobernador en la isla que pretendió cambiar el nombre dado al pico por los primeros expedicionarios que en nombre de España tomaron posesión de él, por el de cierto general y presidente del Consejo de ministros pero su intento, la usurpación indigna que pretendia, no llegó jamás a realizarse yendo por lo tanto a estrellarse sus esfuerzos contra el derecho que la expedición tuvo al darle un nombre tan apropiado como significativo.

El Comandante Noeli, Mister Willson y yo nos propusimos dormir aquella noche sobre la cima del pico, para lo cual hicimos trasladar nuestra tienda.

LA NOCHE FUE TERRIBLE

El viento nos derribó la tienda por tres veces.

PERO AL AMANECER...

... el cielo completamente despejado, nos dejó ver toda la costa de Africa hasta Boni, en la desembocadura del Niger, el pico de Camarones, la entrada del Gabón y la isla portuguesa de Principe.

Todo el día lo pasamos en recorrer los cráteres cercanos y el Teniente Rodríguez y Mister Willson apostaron cual de los dos bajaría el primero al inmenso cráter de Santa Isabel. El Teniente Rodríguez ganó la apuesta; pues viéndose alcanzado por su

rival se hechó a rodar cayendo sobre un montón de ceniza y lava menuda, sin causarse más que alguna pequeña contusión. Pero España había ganado a Inglaterra.

Doce botellas de champagne que nos bebimos en el cuartel pocos días después de nuestra llegada fué el precio de la apuesta.

LAS HOGUERAS.

Toda la tarde la pasamos en reunir leña para hacer una gran hoguera en la falda. A las ocho y media se prendió fuego a la gran pira y los krumanes empezaron su baile alrededor de ella. Pero su entusiasmo rayó en frenesí cuando vieron contestada nuestra señal por el Gobernador Gándara. Momentos después los reyes de Banapá y de Basilé contestaron a nuestra señal.

La vista de la isla en aquellos momentos debió magnífica. Hasta las diez de la noche duraron las fogatas. La temperatura ya no nos sofocaba, y embozados en nuestras capas y mantas hubo momentos en la madrugada que creimos estar en Europa. Los krumanes para beber agua tuvieron que templarla; continuamente se les veía arrimados a las hogueras.

A la mañana siguiente... yo llegue hasta una cortada inmensa formada la mayor parte por piedras basálticas y en cuyo fondo corría un riachuelo. Vi infinidad de monos saltando de un lado a otro, pero no me fué posible tirar ninguno pues la bajada al precipicio era imposible,

Estuve largo rato distraído viendo los saltos y contorsiones de los monos a los que me entretenía en tirar pedacitos de pan. De repente huyeron todos sin que al principio supiera la causa. Traté de averiguarla, y vi un enorme majá que se había apoderado de un mano y tranquilamente se lo estaba comiendo. Puse dos balas en mi escopeta de dos cañones y logré matarle destrozándole completamente la cabeza.

Al recoger la baqueta que había dejedado en el suelo noté una preciosa flor en forma de azucena que corté y coloqué en mi sombrero. Llegué al campamento donde me estaban esperando para comer y al verme Mister Mahan me dijo, cogiéndome la flor que llevaba en el sombrero: —Dónde habeis cogido esa flor?.

—Al lado del precipicio que está al lado del crater «Agustina» le contesté. —¿Sabeis qué flor es esa? me dijo. —No, le contesté. No soy muy fuerte en Botánica.

—Pues es, me dijo, la azucena de Abisinia, ejemplar sumamente curioso y raro que yo he estado buscando largo tiempo y no he podido encontrar.

Se apoderó de la flor y apenas habíamos acabado de comer me hizo conducirle al sitio donde había encontrado la flor, pero por más que hicimos no pudimos encontrar otra igual ni la planta.

Los monos repuestos del susto del majá y del tiro que yo había tirado habían subido a recoger las migajas y pedacitos de pan que yo había dejado allí y con sus saltos y

brincos habían chafado la hierba y arrancado alguna que otra mata. Así que el sabio botánico tuvo que contentarse solamente con disecar con el mayor cuidado la azucena de Abisinia sin poder ofrecer al jardín botánico de Berlín, por culpa de los monos, la planta; pues con gran desesperación suya uno de los krumanes le enseñó la cebollita de la azucena completamente mordida y deshecha.

Reunidos el día siguiente a las cinco de la mañana, pensamos en disponer la bajada. Al principio creíamos poder descender por el camino opuesto al que habíamos traído, esto es, bajar hasta la bahía de San Carlos, pero los pocos víveres que teníamos y el temor de que faltara el agua, nos hizo desistir de nuestro proyecto, proyecto que hubiera coronado completamente la expedición pues hubiéramos atravesado de parte a parte la isla.

DECIDIOSE LA VUELTA...

... por el mismo camino. Seis días

habíamos tardado en la ascensión.

Dos días con breves descansos tardamos en la bajada, pero llegamos completamente estropeados y llenos de agujetas.

Uno de los motivos que nos hizo bajar con más rapidez fué la llegada del Vapor León con el correo de España.

Gándara nos salió a recibir ansioso de conocer los detalles de la expedición. En el salón de la casa del gobierno se lo referimos mientras tomábamos un ponche conque nos había obsequiado.

Al día siguiente en el cuartel y en el salón de la comandancia, oficiales y empleados bebíamos alegremente las doce botellas de champagne que el teniente Rodríguez había ganado al consul inglés interino M. F. Willson, en su bajada al crater de Santa Isabel.

José Muñoz y Gaviria

EL VERDE SILENCIO

(Apunte isabelino)

Noviembre. En la cola del avión que me trajo quedó el recuerdo de un Madrid brumoso y frío. Allá quedaron, entre lanas y atardeceres umbrios, los suspiros y el pañuelo del adiós. En el aire, caminando sin caminar, mis pupilas resistían los últimos paisajes, el rojo equilibrio de los pueblecitos madrileños, la crespada sequedad de la Mancha interminable. Despeñaperros, el Estrecho...

... Y Africa. Arena y arena; alguna palmera. Ya noviembre se viste de luz el sol se adueña de la enorme soleidad del océano enarenado. Al fin, un verde lejano impregna mi retina. El Africa de mis cuentos de niño me bulle debajo. Una curiosidad infantil aplasta la nariz a la ventanilla del avión, ansioso y expectante.

Descendemos lentamente y el verde me sube más y más. El mar, gris y pausado, festonea de inmensidad el tremendo silencio de la selva. El silencio es lo más impresionante de esta tierra. Se me deshace entonces como una flor caduca, esa imagen tarzanesca del bosque ensordecedor y cambiante. Verde y silencio, resume mi bautizo guineano.

Desde lo alto, Punta Fernanda—en voz de un estudiante nativo que remuerde su impaciencia en el asiento trasero— como un tímido meñique que parece estar siempre probando —termómetro doméstico— el templado baño del Atlántico. Otra vez nuestro clavileño retrocede; volamos sobre un mapa gris—verde (aquí no hay transición: el bosque se detiene justamente donde Neptuno priva), y como una mariposa sumisa el Super besa la cinta cementada del aeropuerto.

La escalerilla; una breve caminata entre un Febo más que generoso. Un agua viscosa me pega la ropa al cuerpo. Entre sudores pasamos la Aduana. En la Recepción del aeropuerto abrazos, gritos, refrescos, pantalones cortos, mucha ropa blanca. Y en unos asientos varios indígenas, con atuendos semieuropeos, miran sin curiosidad todo lo que les rodea. Hay cierto reto en sus pupilas y un recio orgullo en sus semblantes por encima del atávico gesto de sumisión ante el hombre blanco. Nosotros, con el estupor bobalicón del turista, enfilamos la autopista que nos conducirá a Santa Isabel. La velocidad y la calzada nos hace olvidarnos por un momento

de Africa. Un anuncio con motivo taurómico, pone una nota de nostalgia andaluza en mi memoria. Y entramos en la ciudad.

Nuestro cansancio viajero se diluye ante el espectáculo. Un guardia, ébano y ocre, nos sonríe con un prusiano saludo. Más adelante, la cal y el estilo de España preside una arquitectura popular, típica y alegre. Me siento a gusto.

Una calle, balcón sobre el mar, me trae en su longitud septentrional recuerdos de las rondas lisboetas y gaditanas. Un macizo edificio, de clásico corte, alberga una comunidad misionera. Unos metros antes otro clerical pabellón, airoso y grácil dentro de un estilo ecléctico, flanquea el cuadro acogedor de la hispánica plaza. Mas casas empapadas con la brisa. Termina nuestra calle en el inesperado paseo de Punta Fernanda. Recolecto, como una excrescencia lujuriente de un parnasiano edén, donde el silencio —emperador indiscutido— es casi tangible. La sombra allí es más sombra; el pensamiento corre más deprisa porque hay más horizonte para navegarlo, y el Atlántico me acerca Cádiz a Guinea.

Plaza Jordana, abierta y coquetona, granadina y bulliciosa. Moncloa, cenicienta y marginada, salvaje y ciudadana, Talía infrecuente y caprichosa. Plaza de España, desparramada de claridad, armonía de ecos pueriles, de bronce y clarines, pulso de la Cruz y de la Espada. Shelly, jaula alegre de juego verbenero e infantil. Paseo fernandino habitáculo de la flor disciplinada. Calle de Generalí-

simo, lonja de un Mercurio agitado y ecuménico.

Por una de sus calles, bosquejada a cordel, una mujer—bubi según dicen—curva su cuerpo joven por la dormida humanidad de un pequeño en sus espaldas. Hay un destello de tranquila melancolía en su mirada. La observo como el pintor mira a su modelo. Posee una belleza cálida y altiva. Sus pasos, lentos y arrastrados, no le hacen perder femineidad al conjunto. Los brazos, redondos y fuertes, agarran desmaderadamente una bolsa de plástico donde asoman tubérculos extraños (creo que les llaman yuca) y unas cecinas odoríferas y enhiestas. La imagen de esta mujer se acomoda a la leyendaria que albergaba mi imaginación; Guinea es lo antropomórfico como el clisé que el tópico prefabricó en mi mente, allá en los años de mi ósmosis cultural.

Santa Isabel es una ciudad sin pretensiones. Lo que vale no es el lienzo en este caso sino el marco, La ciudad, hecha con la honda provisionalidad de lo colonial, tiene ese algo de capital de tercer orden, familiar y eutrapélica que se sabe cetro y centro de una isla, novia cortejada de la geografía ecuatorial. Es como una familia de menos venida a más, que le hubiese tocado una quiniela en esa rifa semideportiva del concierto geológico y gubernamental. Se sabe que no puede presumir de románico, ni de gótico, de linaje ni de piedra antigua, pero ofrece el caudal sensible y roussoniano de su vívida naturaleza. Su cuerpo, sus vértebras, son esas gigantes-

cas y luminosas flores sin olor, esos árboles de ancha sombra, esa botánica desbocada y exuberante como seno de doncella púber. Su sangre, una verde savia que todo lo inunda de verde: la tierra y el corazón.

La convivencia no es problema, pero sí dilema. Hay una dicotomía epidérmica más que una segregación de las sangres, de inevitable paridad cromática. Los motivos discriminatorios, insólitos y anecdóticos, prueban más una incapacidad cultural y cívica, que unas apoyaturas cordiales o neofascistas (para los extremistas). Existe un soterrado orgullo bilateral, que matiza y afirma a mi juicio positivamente las innatas características del «homo africanus», de las que participamos los españoles con nuestro hemofilico legado de ocho siglos con los hijos de Alá.

La supervivencia es otro cantar. He comprobado una inversión paradójica. Los autóctonos se desarraigan; los extraños se afincan por razones remotas a esta glauca sublimación de lo telúrico. Quizá la causa puede ser, entre otras, la fatiga ancestral de tanta naturaleza fácil para los primeros, y la evasión de la estética difícil del rascacielos y la máquina, para los segundos.

En este recorrido sentimental y fervoroso, no podemos olvidar el folklore propio, de una pureza mancillada ineludiblemente por la civilización, pero con una fidelidad esencial en la intención y en el simbolismo mágico—espiritual de sus expresiones. El «balele», epilepsia rítmica y colorista, es la anarquía del gesto y del cántico en la febril noche isabelina. Sus danzas guerreras—juegos ingenuos y viriles,—retienen la impronta del mensaje de la fuerza y supremacía tribales, en las remembranzas de un histrionismo a veces cruento.

Abandono estas digresiones de enamorado del ser y del parecer de la ciudad, en este ensimismamiento vespertino, cuando un vaho feble—gasa suave—cubre el azul; mientras que el Pico, cancerbero altivo y holgazán, vela su agreste guardia espejeándose en un Biafra con las sienes de plata.

Pienso que escribir sobre lo que se ama es revivir dos voces el sueño amante. Y Santa Isabel y el Pico, simbiosis amante de la piedra ordenada y de la ígnea entraña, es el matrimonio que colma la quimera impenitente del poeta atardecido.

Enrique Soria Medina

SONETOS DEL CAMINAR

Por Enrique Soria Medina.

I

Al Pico

*Distancia de los ojos en la cumbre,
fiebre de la voz en la esperanza,
entraña de la roca donde sube
un verde prisionero de la altura.*

*Aguila de ti mismo en una nube,
para los hombres hito y aventura.
Escala sobre el viento de tu ubre:
sueño de tu pirotécnica cintura.*

*El idioma de tu seno no sucumbe;
un Vulcano te hiende la cintura,
y tu pecho se yergue con la lumbre
de horizontes heridos por la pura
voz de un carro de soles al que unces
tu húmeda palabra en la estatura.*

II

A la mujer bubi

*Sabía de la carne arrebatada
a la noche caliente de tu cuerpo,
pero ignoraba el súbito momento
de la luna en tu alma, ensimismada.*

*Una estrella sostiene lo que alcanza
una fiebre de amor en el costado.
Tu cielo tiene un límite impensado
para el loco correr de mi esperanza.*

*Ebano y tacto, un viento amigo,
la verde inmensidad se te estremece
en la desnuda belleza escondida.
Africa es la sed que va conmigo
a la, hora del amor y tantas veces
que va mi voluntad en esta herida.*

III

A Santa Isabel

*Milagro de cal en el glauco anhelo,
piedra ordenada de color prendida.
Babel de mil lenguas convertida
de hispánico clamor tu verde suelo.*

*Novia del mar, de la tierra instante,
escala continua de Flora: espuma
y regazo del aura que se acuna
en la fugaz esquina del amante.*

*Hermana menor del Pico guarnecido,
de tu caliente vaho frío empale.
Saldrá la noche de tu verso despertado
y la luz de tus ríos fugitivos;
la sombra de tus calles acicale
para el tañer de mi lira, exhaustivo.*

IV

Al bosque

*Primavera para siempre y apiñada,
otoño en mis mejillas, desvaído;
tu color, ambrosía del sentido
me estrena una lluvia esperanzada.*

*El silencio es el premio de los ciegos;
yo he visto tu rostro en el secreto,
de la desnuda rama ya se ha muerto
en la verde oscuridad de tu sosiego,*

*Mi abandono es canto en la urgencia
de tu glauca pureza mancillada.
Ceiba muda, agua, flor y vida.*

*Redime estos nombres en la conciencia
de mi fiel renuncia embelesada,
y dales la paz de tu alba transida.*